

Ramón López Velarde, católico maderista

Guillermo Sheridan

Por comodidad verbal o por apego a las clasificaciones históricas, se le puede llamar poeta de la Revolución –nunca poeta revolucionario.

Octavio Paz

“El camino de la pasión (Ramón López Velarde)”

El de Ramón López Velarde (Jerez, 1888 – México, 1921) es, en efecto, el nombre de poeta que más suele asociarse a la Revolución Mexicana. Esto se debe principalmente a la exaltación de su extraño poema “La suave patria” (1921) a una especie de Ave María de la turbia liturgia nacionalista.¹ Pero también obedece a que la breve trayectoria de su trazo biográfico refleja los avatares mismos del conflicto, sus contradicciones y sus traspies. Hay otras razones de peso para que López Velarde cumpla ese rol estatuario de “poeta de la Revolución”: su fe católica es un profundo estigma de su poesía, pero también la marca de agua de una militancia política que se caracteriza, esencialmente, por su lealtad a Francisco Ignacio Madero.

Cuando *La sucesión presidencial*, el libro de Madero, apareció a finales de 1908, López Velarde lo recibió como el vaticinio de una liberación casi personal. Nació el mismo año en que Porfirio Díaz se reeligió por tercera vez, y lo que llevaba de vida había transcurrido a la sombra de su poder absoluto. En 1908 López Velarde acaba de cumplir veinte años y lleva uno de vivir en San Luis Potosí, matriculado en la Escuela de Leyes del Instituto Científico y Literario, patrocinado por sus tíos, después del reciente deceso de su

¹ He estudiado con detalle estos temas en dos libros, *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde* (Fondo de Cultura Económica, México, 1990) y *Ramón López Velarde: Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles* (Fondo de Cultura Económica, México, 1991).

padre. No es difícil conjeturar que el poeta vio en Madero a una figura paterna² y, de hecho, él mismo dice que Madero es un “padre” que enseña a “vivir como hombres”.

Además de las razones generacionales, López Velarde se opone a la dictadura por toda suerte de razones. Es norteño, pertenece a la clase media ilustrada (y castigada); es originario de un ámbito vulnerado por el centralismo. Y desde luego es católico. Tuvo que leer con atención a León XIII en la “Academia Latina” que llevaba el nombre de ese papa en el Seminario Conciliar de Guadalupe, en Aguascalientes, donde estudió. Un papa longevo (1810-1903) de enorme peso moral que presidió su iglesia desde 1878 y publicó abundantes encíclicas en las que propone ideas (“modernas”, dice López Velarde) y atractivas para la causa católica, en especial *Rerum novarum* (sobre el capital y el trabajo, 1891) y *Graves de communi re* (sobre la democracia cristiana, 1901). Y otras menos conocidas, como *Libertas* (1988) en la que señala que la libertad “es el más elevado de los dones humanos”, que “la Iglesia propicia de forma más que leal las libertades civiles” (46) y que

no es malo preferir una forma democrática de gobierno si se sostiene a la doctrina católica como origen y ejercicio del poder. De las variadas formas de gobierno, la Iglesia no rechaza ninguna que contemple el bienestar de las personas; sólo desea —como lo ordena la naturaleza— que lo hagan sin dañar a nadie y, en especial, sin violar los derechos de la Iglesia (44).

Los periódicos y revistas de los núcleos culturales católicos de la zona próxima a los afectos del poeta —Zacatecas, Aguascalientes, San Luis, Guadalajara— repiten y divulgan el pensamiento del papa, y con más ahínco luego de su muerte. Uno de esos periódicos es *El Observador*, bisemanal que dirige en Aguascalientes el periodista Eduardo J. Correa (1874-1964), dueño de revistas y diarios belicosos, nutridos por una compleja red de colaboradores en México y el extranjero, que hacen de él una de las cabezas más batalladoras y parlantes de la cultura católica mexicana del periodo. En las páginas de sus publicaciones se sostenían las causas católicas de entonces, desde el encomio del criollismo cultural y agrario y la desconfianza en la industrialización (y a los “yankees” en general)

² “López Velarde ateneísta”, en el tomo 2 de sus *Obras: Ensayos sobre poesía* (El Colegio Nacional, México, 1993), p. 371.

hasta la defensa de la “clase media” y del obrero. Las publicaciones libran también fuertes escaramuzas contra liberales y jacobinos, denuncian la corrupción y la ineptitud de los gobiernos federal y estatales y se defienden del centralismo. Su misión más clara, en términos culturales, es la crítica al positivismo y a la triada denunciada por León XIII (“comunismo, socialismo y masonería”³) así como la defensa del papel de la iglesia en la formación de la nacionalidad –es decir, en la educación– y la divulgación de otras ideas papales que pueden (y según los católicos, *deben*) colaborar a conducir a México hacia una realidad más acorde con una fe que, por otra parte, a los católicos y a López Velarde les parece que contiene la verdad más íntima del alma mexicana. No digo que Madero simpatizara necesariamente con esas ideas; sí que, plural y tolerante, creía que convenía escuchar y discutir democráticamente en un parlamento elegido con libertad.⁴

López Velarde conoce a Correa en 1907 y se establece una intensa relación de amistad sobre esas convicciones, pero reforzada por el hecho de que ambos son poetas –aunque uno mucho mejor que el otro– y exalumnos del Seminario de Guadalupe. Ambos, además, aborrecen a la capitalina *Revista Moderna de México* con su literatura y su arte que consideran decadente y blasfemo. Si por sus condiciones de clase y religión miran en la dictadura un perpetuo atentado contra la integridad de su provincia, en su desprecio a la literatura modernista metropolitana –cuyos actores, además, viven del régimen opresor y ensalzan la ideología oficial– palpita el rechazo a una poesía hecha de abalorios afrancesados y diabolismo tonante. Son los años en que López Velarde piensa que la verdadera tradición poética está en la obra de Manuel José Othón y en los poetas católicos de provincia, atareados en buscar y expresar el “alma de las cosas”.⁵

López Velarde no tarda en debutar en *El Observador*, oculto por varios seudónimos, redactando artículos variopintos de actualidad y, de vez en cuando, metiéndose en política. Algunos de esos artículos aportan una adecuada guía de las posiciones políticas del poeta y

³ En *Humanum Genus* (1884), 26 y 27.

⁴ Sobre esto conviene leer el ensayo de Enrique Krauze “Madero vivo”, recogido en *Mexicanos eminentes*. Ed. Tusquets, México, 1999.

⁵ He estudiado este asunto en el ensayo “Entre la neurosis que finge y el alma de las cosas (la polémica de la nueva revista *Azul*”, en *Un corazón adicto y otros ensayos afines* (Editorial Tusquets, México, 2002).

de su bando en vísperas de que Francisco I. Madero aparezca en el escenario nacional. Por ejemplo, en abril de 1908, en un artículo titulado “Sobre enseñanza” –que acata la convicción papal de que no debe haber educación sin religión– se lanza contra Justo Sierra, quien acaba de oponerse a que los gobiernos de los estados modifiquen los planes de estudio. Esto obedece, razona el poeta, a que

Como la gente de provincia tiene piedras en la cabeza, necesario es que los metropolitanos fomen los programas de enseñanza para que los educadores de los estados copien, dando con ello prueba de gran sabiduría, los métodos que de Méjico nos vienen.⁶

López Velarde aprovecha para argumentar que “la Soberanía de los Estados” no es sino una fórmula hueca; se burla de que los planes de estudio incluyan los “ejercicios militares” en vez de cursos de redacción y que se trate a los jóvenes provincianos como si tuvieran “condición de protoplasma”. “Doña Juana” es otra diatriba, ahora contra los escritores liberales (como Juan A. Mateos e Ireneo Paz) que, le parece, abominan del clero “porque el Clero no dispone en la Tesorería General de la Nación. Ni quita curules. Ni da muerte civil”, que es lo que “los hace bravos para hablar contra el clero”.⁷ “Don Injusto” argumenta que si bien el “actual gobierno” no derriba templos –por lo que, cree ese gobierno, los católicos deberían agradecer “la paz relativa” que se les otorga– comete algo más grave: una imperdonable “guerra al espíritu”, cosa que sólo se explica así:

El apellido Sierra lo encuentro justificado. Es todo un simbolismo. Porque serrano el Ministro, serranos los melencolios profesores de la primaria y serranos los otros educadores, la instrucción pública tiene que resultar... serrana.⁸

Este tono “humorístico” se vuelve iracundo cuando aparece Porfirio Díaz. Ocurre en un artículo –circunstancial, pero premonitoriamente publicado el 20 de noviembre de

⁶ *Correspondencia*, pp. 212-214. Nótese que López Velarde, a la manera conservadora, escribe Méjico con jota.

⁷ *Idem*, p. 225.

⁸ *Idem*, p. 227.

1909⁹– referido a la nueva visita que el periodista James Creelman realiza a la capital de México:

El ilustrísimo yankee, el primo de las confianzas presidenciales, el periodista gringo que hace dos años abandonó las babilónicas ciudades del Tío Sam para venir ¡oh mortal escogido! a la intimidad de Chapultepec, acaba de llegar, nuevamente, a la capital.

¡Bienvenido sea el primo que, con su anterior plática con el ciudadano Presidente,¹⁰ tuvo la fortuna de hacer que cayeran en el garlito de las promesas democráticas buen número de políticos nuestros!

¿Preparas tu lápiz reporteril, enigmático Mr. Creelman, para una segunda entrevista?

¡Habla, por Dios, sibila de Cumas que nos vienes de la tierra de Taft!

Quizás te importe un comino la efervescencia política en que pusiste a muchos mejicanos a raíz de las concesiones republicanas que, por conducto de tu boca, se nos dispensaron de lo alto.

[...]

Lo que nos referiste fue insólito, Mr. Creelman.

Que el general Díaz preparaba, con fe y paciencia evangélicas, la aparición de los partidos militantes.

Y, por fin, pico de oro, nos decías que el C. Presidente vería con agrado que surgiera la oposición.

¡Nada menos que LA OPOSICIÓN!

Y tú, insigne periodista, relator de tamañas supercherías, heraldo de semejantes embustes, sigues impávido, acariciando la idea de otra entrevista, de una segura tomadura de pelo.

⁹ “Creelman”, *idem*, pp. 237-238. Este artículo ya no aparece en *El Observador*, sino en *El Regional*, periódico que acaba de fundar Correa en Guadalajara.

¹⁰ La entrevista “Porfirio Díaz, Hero of the Americas” apareció originalmente en la *Pearson's Magazine* en marzo de 1908. Fue traducida en México por el diario *El Imparcial*, desde donde se divulgó a la nación.

Mas si a muchos de mis compatriotas les hiciste creer que tenían cuerpos de jinetes, como el sastre del cuentecillo, te fío que otros no se tragaron la píldora.

De mí sé decirte que creí en tus palabras como en el zancarrón de Mahoma.

Hueso venerando por el que te juro que no te has de divertir otra vez con la porción crédula de los mejicanos.¹¹

Se te advierte con oportunidad, Mr. Creelman, y quedas notificado.

Luego de que el estudiante escribía estos artículos furiosos, graciosos y más o menos desgañitados, el poeta escribía solemne y recogidamente algunos de los poemas que iban a ir a dar al primer borrador (1910) de *La sangre devota*. Hablaba de poesía, de cerca, con Artemio de Valle-Arizpe y, de lejos, con Francisco González León, el cura Amando J. de Alba y otros poetas católicos de la región. De la visita de Creelman habrá hablado con sus muchos camaradas antirreeleccionistas...

La universidad potosina se sobresaltaba con los acontecimientos, parte al fin de una cultura de prosapia opositora desde principios de la década, cuando hospedaba las convenciones del Club Político Ponciano Arriaga. Los muchachos de la Escuela de Leyes habían debatido la entrevista de 1908 desde los puntos de vista políticos, legales y morales y, en efecto, habían decidido aprovechar la oferta del dictador sólo para decepcionarse cuando, en mayo de 1908, éste se retracta y declara que va nuevamente por la reelección.

La sucesión presidencial en 1910 llegó a San Luis a fines de 1908, y se agotó de inmediato. Al parecer, López Velarde lo envía con tal premura a Correa que él mismo no lo pudo leer antes, cosa que lamenta pues “me dicen que tiene muy exactas y valientes apreciaciones”.¹² El poeta y sus camaradas optan por apostarle todo al maderismo, se atarean en reclutar simpatizantes y ponen las bases del Club Anti-Reeleccionista Potosino. Trabajan bajo la guía de Pedro Antonio de los Santos, y todos son más combativos e incendiarios que López Velarde, obligado a la prudencia por su necesidad de graduarse y

¹¹ Hay una leyenda medieval sobre unos huesos de Mahoma que la tradición llamaba el “zancarrón” y están guardados en La Meca. La frase se usa para aludir a algo imposible de creer.

¹² Carta número 33 de la *Correspondencia*, p. 106.

sostener a su enorme familia, dada su calidad de primogénito. Esta prudencia se atenuaría poco después, ante la inminente postulación de Madero a la presidencia. Pero cuando se agudiza el debate sobre Ramón Corral y Bernardo Reyes, candidatos oficiales a la vicepresidencia, López Velarde además se exalta. El 14 de octubre publica en *El Regional* un artículo en el que celebra la hombría del “fronterizo”, pero lo conmina a radicalizar su postura y lo critica acremente por considerar siquiera la posibilidad de tolerar otra reelección y dirimir la disputa por el poder en el escenario de la vicepresidencia:

Madero

Este fronterizo vale, por su hombría, más que los políticos sin sexo de la ciudad de Méjico, en la que están domiciliados tantos misérrimos individuos.

Al proclamar el antirreeleccionismo tuvo Madero una actitud caballeresca, un gesto bizarro, una palabra de justicia.

Madero me es simpático.

En la ergástula de los hombres públicos del día, y aun fuera de ella, causó Madero, por su independencia de *rara avis*, la misma sorpresa que le produjeron a Cook las zorras azules de la fauna boreal.

Pero el coahuilense, por desgracia, tomóse un suicida. Políticamente.

Se suicidó con la transacción que propuso a últimas fechas, ya esbozada desde la primer edición de su obra.

Transacción consistente en que los antirreeleccionistas puedan admitir la reelección del Presidente de nuestra llamada República.

¡Señor Madero, por Dios!

Tamaña contradicción, que se demuestra al anunciarse, a duras penas habría cabido en la cholla putrefacta de Rafael Reyes Spíndola,¹³ por ejemplo.

¹³ Reyes Spíndola (1860-1922) dirigía en la capital la revista *El Mundo Ilustrado* (1900-1914) y el diario *El Imparcial*.

Torpeza semejante de Madero, tan sesudo en otras cuestiones, sólo se explica por aquello que dijo Horacio, de que alguna vez duerme el buen Homero.¹⁴

Porque, prácticamente, la transacción propuesta es risible.

¿De qué partido militante pide o acepta condiciones para seguir en el poder el Jefe Supremo de la Nación? ¿Quién puede impedirselo?

Menos podrá el Partido Antirreeleccionista, que por su antiporfirismo ideal es el grupo que menor influencia logrará en la abyección ambiente.

Considerada en abstracto la famosa componenda, ésta es el absurdo de quien transige con la idea capital de su vida pública, de su programa de partido...

Consentir en la reelección del presidente para oponerse a la de los demás funcionarios es lo que en romance se llama andarse por las ramas. Pero creo que en esto Madero fue torpe. No más.

Lo juzgo honrado como siempre.

López Velarde tuvo la valentía –poco atenuada por el seudónimo– de proclamarse maderista en un momento en el cual se le daban pocas esperanzas a la cruzada democrática, y tuvo también el pundonor de no regatearle una crítica a su líder.

Los camaradas siguen el periplo de Madero por el país, se preocupan por sus problemas de salud y se niegan a caer en la desilusión que había atrapado a muchos después de su error sobre la vicepresidencia. Escuchan los rumores en el sentido de que Madero convocaría a una convención y de que ya aceptaba hablar de la necesidad de levantarse en armas si no se respetaba al voto. López Velarde decide entregarle todo su apoyo, ya sin reticencias. Como habrá de narrarle a Correa, en carta de marzo de 1911, con orgullo fácil de aquilatar: “puse mi insignificancia, de manera decidida, a las órdenes del señor Madero”.¹⁵ Por su parte, Correa, muy involucrado en la fundación del Partido Católico

¹⁴ Cita el *Arte poética* de Horacio (359): “Quandoque bonus dormitat Homerus”.

¹⁵ *Correspondencia*, p. 137.

Nacional (PCN),¹⁶ aún no entiende del todo la actitud que podría adoptar Madero ante la totalidad de su lema: “Dios, Patria, Libertad”...¹⁷

En enero de 1910 el Club Anti-Reeleccionista de Chihuahua postula a Madero como candidato. El grupo de San Luis, que aún no es formalmente un “club”, se alegra de saber que la nueva gira de Madero incluye a su ciudad. El doctor Rafael Cepeda de la Fuente,¹⁸ con el apoyo de los camaradas, empapela las esquinas de San Luis con un manifiesto de apoyo y convoca a la población a recibirlo.¹⁹ No tarda en ser encarcelado Cepeda, lo que alebresta aún más a la población. Madero llega a mediados de marzo. Al estrechar su mano, López Velarde siente que recibe su bautizo cívico. Poco después se constituye el Partido Potosino Anti-Reeleccionista con el doctor Cepeda como presidente, Manuel Aguirre Berlanga como tesorero y López Velarde como secretario. En carta a Correa del 18 de noviembre de 1911, el poeta evocaría, casi devotamente,

...la voluntad decidida que siempre he tenido para el hombre fenómeno, porque yo sí soy de abolengo maderista, de auténtica filiación maderista, y recibí el bautismo de mi vida política en marzo de 1910, de manos del mismo hombre que acaba de libertar a Méjico. Le diré con franqueza, amigo Correa, que una de las satisfacciones más hondas de mi vida ha sido estrechar la mano y cultivar la amistad de Madero, y uno de mis más altivos orgullos haber militado como el último soldado del hombre que hoy rige al país. Para que se acabe de formar concepto cabal de mis impresiones sobre este asunto, le diré que si la administración de Madero resultase el mayor de los fracasos, eso no obstante,

¹⁶ Debe leerse al respecto el libro de Eduardo Correa *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*, con prólogo de Jean Meyer (Fondo de Cultura Económica, México, 1991).

¹⁷ El PCN se funda en mayo de 1911. Por cierto, Madero lo saludará “como el primer fruto de las libertades que hemos conquistado”. C f. Correa, *op. cit.* p. 77. Pero hay un giro importante en esa que subraya Enrique Krauze en el ensayo ya citado (p. 317): Madero “no sólo afanzaba la libertad política sino justamente aquella libertad que la tradición conservadora había combatido durante el siglo XIX: la de creencia.”

¹⁸ Llegará a la gobernatura de San Luis con Madero. López Velarde no tardará en considerarlo un traidor a la causa y en hacerlo uno de los blancos favoritos de su periodismo.

¹⁹ Es necesario leer, para una cabal comprensión del episodio potosino, “López Velarde y el Plan de San Luis”, de Gabriel Zaid, en el tomo 2 de sus *Obras: Ensayos sobre poesía* (El Colegio Nacional, México, 1993).

sería yo tan lealmente adicto a Madero como lo he sido desde la tiranía del general Díaz.²⁰

Hay versiones que proponen que unos días después de ese encuentro, el 15 de abril de 1910, López Velarde acude a la capital a la Convención Anti-Reeleccionista, como miembro de la delegación potosina,²¹ con Aguirre Berlanga y Pedro Antonio de los Santos, pero nada permite demostrarlo. Vivía emocionadamente unos días febriles que quizás lo distraen de su tortuoso amor por Josefa de los Ríos, “Fuensanta”. Acicateado por Correa, prepara la primera versión de *La sangre devota*. La portada decía: *La sangre devota (salmos viejos en lírica nueva)*; la hoja dos dedicaba el volumen “A la memoria de mi padre”, y en la tres colocó el pie de “Imprenta de *El Regional*”, fechado en “MCMX. Guad. Jal., Mex.” Cuando todo parecía estar listo para entrar a prensa, el poeta se echó para atrás. Urgido por el desconcertado Correa, López Velarde repite los argumentos de su padre difunto: un abogado interesado en la poesía mina su respetabilidad profesional.

Mientras tanto, Madero había sido nombrado candidato a la presidencia (la moción fue, por cierto, del PCN) y recibido garantías del dictador en el sentido de que se respetaría su campaña, que inició de inmediato (al mismo tiempo que la represión). San Luis fue uno de los estados en los que se prohibió toda actividad partidaria, propaganda y reunión antirreeleccionista, pero ello no impidió que Madero y Roque Estrada llegaran a su capital el cuatro de junio. El poeta, desde luego, está en la comitiva que lo acompaña al centro de la ciudad, donde la multitud lo aguarda. Hay incluso una versión, improbable, que señala que el poeta mismo es quien lo presentó ante la multitud. De San Luis, Madero se va a Monterrey, donde es arrestado, acusado de convocar a la sedición y de colaborar a la fuga de Estrada, que había sido apresado por negarse a dejar de hablar durante un mitin. Con Madero en la cárcel, los clubes concluyen que no hay más alternativa que el alzamiento. Esto no debe haberle gustado mucho a López Velarde, ni como idea ni como método, pues comprometía aún más sus obligaciones familiares...

²⁰ *Idem*, p. 158.

²¹ Según Romero Flores en su *Génesis del congreso constituyente 1916-1917*.

Las elecciones primarias se llevaron a cabo el 26 de junio y el gobierno de Díaz se obstinó no sólo en el fraude, sino en hacerlo público y notorio, con un despliegue de soberbia calculado para amedrentar a la población. Abatido en Monterrey por el deterioro de su movimiento, Madero lamenta las grescas internas de los opositoristas. Con su movilidad anulada y, por tanto, incapacitado para reorganizar el movimiento, siente que la posibilidad de lograr una transición pacífica se le va de las manos. A unos días de las elecciones, se le dejó en libertad bajo fianza y se le trasladó a San Luis para alejarlo de la frontera.

Madero y Estrada llegaron a San Luis el 21 de junio, en calidad de reos federales, y fueron conducidos de inmediato a la penitenciaría estatal. Pronto se arregló que un grupo de maderistas se dedicaría a tramitar inteligencia entre los líderes y el Comité Ejecutivo del Partido, que intentaba demostrar el fraude en las elecciones primarias; otro grupo asumiría su defensa con el objetivo urgente de ayudarlo a recuperar su libertad de traslado. En este segundo grupo, abogado al fin, estaba López Velarde.²² Ya era pasante y no carecía de experiencia (justo en esas fechas pagaba su práctica de derecho penal), y si bien a la historiografía sentimental le gusta decir que López Velarde era *el* abogado de Madero es necesario decir que no fue así. Lo eran López Velarde y otros más, dirigidos por Pedro Antonio de los Santos. También hay que tomar en cuenta que cuando Madero llegó a San Luis no se le procesó de inmediato: las acusaciones eran tan absurdas que aún en el sainete de las cortes porfirianas resultaba difícil vestirlas de jurisprudencia. De vez en cuando los gendarmes llevaban a los detenidos al tribunal para firmar el libro de arraigo, y es conjeturable que le haya tocado a López Velarde estar presente alguna vez para no distraer a de los Santos o a otro abogado con asuntos más graves que atender. La situación se prolongó durante veinte días –entre rumores de que Madero podía ser “perdonado” si se exiliaba en Europa–, hasta que el 26 de junio se llevaron a cabo las elecciones secundarias en las que Díaz, como era su costumbre, se bañó en votos.

²² El periódico potosino *El Estandarte* narra que Madero nombró como sus abogados defensores a nueve miembros de su familia, que bajaron de Parras a acompañarlo, esto con objeto de que pudiesen visitarlo a voluntad.

El 22 de julio, el juez les permitió a Madero y a Estrada salir de la penitenciaría, pero no abandonar la ciudad. López Velarde pudo haber atestiguado en el Hotel Sanz las dudas de Madero sobre la necesidad de convocar al pueblo a la rebelión, pudo estar cerca de él cuando comenzaron los levantamientos floresmagonistas en Veracruz, y quizás cuando llegaron noticias de que Aquiles Serdán y Juan Sánchez Azcona lo esperaban en San Antonio, Texas, para iniciar la insurrección...

El 27 de septiembre el Congreso declaró triunfadores a Díaz y a Corral. El mismo día, Madero tomó la decisión de convocar al alzamiento. El 5 de octubre, disfrazado de mecánico, con el Plan de San Luis bajo el brazo, logró treparse a un tren con rumbo a Nuevo Laredo. Hay (otra vez) versiones que quieren a López Velarde entre los redactores del Plan y (otra vez) es menester decir que se trata de un mito y que la pluma del vate no entintó la proclama. El poeta estuvo cerca de Madero durante esos meses y, tiempo después, como veremos, le escribiría a Correa que estuvo “tratándolo cerca, muy de cerca”,²³ pero no a ese grado.

De pronto, con Madero lejos, los ojos de México ya no estaban fijos en lo que sucedía en la capital potosina. López Velarde no se sumó a los camaradas que, en acatamiento al Plan, se alzaron en armas el 20 de noviembre. Se resignó, por los motivos de siempre, a continuar sus labores, a nutrir las publicaciones de Correa, a terminar su servicio social y a apresurar su examen profesional. Habrá seguido de cerca los acontecimientos y habrá festejado que Zacatecas fuese la primera capital liberada por la rebelión. Luego acudió a Jerez a pasar la navidad con su familia y mirar a Fuensanta, pero también para alejarse de San Luis un tiempo prudente y evitar posibles represalias por su activismo. Los meses pasados cerca de Madero parecen haberlo dejado ahíto y, le escribe a Correa desde Jerez, “se me pasan semanas enteras sin que me caiga un periódico a las manos”.²⁴

De regreso a San Luis, “arriesgando las garantías individuales”,²⁵ se percibe en sus cartas un malestar que no obedece ya, solamente, a la tristeza que le causa su amor

²³ Carta del 25 de abril de 1911, *Correspondencia*, p. 145.

²⁴ Carta del 16 de diciembre de 1910, *Correspondencia*, p.134.

²⁵ Carta del 13 de marzo de 1911, *idem*, p. 136.

intramitable por Fuensanta. Necesita dinero y está consciente de que, apenas titulado, “tendré que luchar, en el ejercicio de mi profesión, contra la atmósfera que me formé el año pasado con mi actitud en la contienda política”, por lo que calcula la posibilidad de tener que mudarse a Guadalajara. También sabe que “mientras no se resuelva la situación general del país, el medio oficial me será adverso”,²⁶ de lo que se deduce que ya confiaba en que un triunfo de Madero podría acarrearle un beneficio de carácter privado.

Conocemos las turbulencias de los primeros meses de 1911: la presidencia del dictador se debilita tanto por la insurrección como por las movilizaciones de tropas norteamericanas en la frontera, situaciones que lo obligan a aceptar la mayoría de las reivindicaciones revolucionarias. Los levantamientos se suceden velozmente (magonistas, zapatistas) y el miedo comienza a invadir a la capital y a las provincias. Grupos de católicos “retrógrados” y timoratos escuchan a algunos altos miembros de la curia que, aterrados, deciden lanzarse contra Madero y apoyar, en cartas pastorales, su apoyo al dictador y a la preservación del *status quo*. Esto enfurece a López Velarde, que le escribe de inmediato a Correa una carta interesante.²⁷ Su análisis se halla motivado por lo que a todas luces quiere ser un ingrediente de presión sobre las publicaciones de Correa pues, como lo aclara el poeta, el editor debe trabajar a favor “de los intereses católicos” que coinciden con el maderismo (sobre todo el principio de la no reelección, que incluye a los tres poderes y a los gobiernos de los estados):

Amante, como sinceramente lo soy, de la efectividad de las prerrogativas individuales, nunca sostendré que los sacerdotes no deben hablar de política; pero juzgo que al hacerlo en las circunstancias excepcionales en que al presente nos encontramos, los señores obispos están en el caso de manifestar un criterio amplio e independiente o, cuando menos, de concretarse a hacer propaganda pacífica sin inclinarse a favor de ninguno de los beligerantes. Tal conducta es, en mi concepto, la que corresponde a la dignidad de los jefes de la Iglesia. Pero, por desgracia, los obispos que hasta ahora han hecho declaraciones, en vez de mantenerse en un campo neutral, ya que el movimiento encabezado por el señor Madero en nada afecta al catolicismo de un modo desfavorable,

²⁶ Carta del 13 de marzo de 1911, *idem*, p. 137.

²⁷ Carta del 8 de abril de 1911, *Correspondencia*, pp. 140-141.

se han supeditado al gobierno con la más lamentable de las parcialidades. No quiero hablar del señor Valdespino, de quien jamás tuve buena opinión en lo relativo a facultades intelectuales.²⁸ Este señor condena categóricamente la revolución porque “nadie puede aprobar el robo ni el asesinato”. Yo pregunto ¿no es triste que un obispo muestre un criterio político tan rudimentario y unas tan confusas nociones sobre la ley del progreso? Decididamente, el obispo de Sonora no nació para sociólogo.

Pero vengamos a un prelado a quien yo, de buena fe, tenía por hombre competente y de ideas modernas, a la León XIII.

Ya comprenderá usted que me refiero al señor Ruiz.²⁹ Éste, en su pastoral, de triste fama, después de rechazar en principio la revolución, con lo que adquiere el merecido título de retrógrado, toca, en concreto, la cuestión mejicana con una torpeza que ni en un párroco de cortijo sería disculpable, pues llega en su pueril impertinencia a indicar que los sucesos actuales no constituyen una revolución sino una [ilegible] palabra apostólica contra la cauda de la oposición armada. Una de las consideraciones que más preocupan al señor Ruiz es ésta: “Se están matando hermanos con hermanos; luego la revuelta es un crimen.” ¿Dígame con toda sinceridad, amigo Correa? ¿Es esto lo que los católicos mejicanos deben esperar del cerebro de un obispo?

Si yo fuera anticlerical celebraría la actual actitud del clero, digo, de algunos de sus miembros, porque sus palabras los están haciendo antipáticos para los antiporfiristas, que son la inmensa mayoría de los mejicanos. A cada explícita condenación de la revolución [ilegible] señores obispos no tomen tan a pecho la cuestión política y se reduzcan a encarecer, en términos generales, la necesidad de la paz. Ojalá y todo el Episcopado Mejicano pensara, sobre este asunto, como piensan Montes de Oca e Ibarra.³⁰

²⁸ El Obispo de Sonora, Ignacio Valdespino y Díaz, sería más tarde delegado apostólico.

²⁹ El arzobispo de Linares, Nuevo León, Leopoldo Ruiz y Flores (1865-1941), graduado de la Universidad Gregoriana, obispo de León y arzobispo de Morelia. Fue uno de los concertantes del *modus vivendi* entre el Vaticano y el gobierno de Calles en 1929.

³⁰ El obispo de San Luis (y antes de Linares y Tamaulipas) Ignacio Montes de Oca y Obregón (1840-1921), doctor en los dos derechos, árende romano (“Ipandro Icaico”), capellán de Maximiliano, helenista, poeta, llevó su frivolidad al grado de moriré en Nueva York, de donde se trasladaron sus restos a la catedral de San Luis. Fue uno de los más importantes factores de la ilustración del centro del país en el diecinueve mexicano. Por su parte, Ramón Ibarra y González (1853-1917), era el arzobispo de Puebla, egresado de la Universidad

El poeta y el PCN rechazan el liberalismo posjuarista y, como señala su folleto “Lo que deben saber y practicar los católicos mexicanos” (agosto de 1912), creen en la necesidad de involucrarse en la cosa política contra el dogma liberal de que la religión no debe inmiscuirse, rechazan la laicidad del Estado y la política atea (“pues el hombre es siempre y donde quiera criatura y siervo de Dios; ensanche pues su libertad cuanto pueda, pero respetando los derechos de Dios: es por tanto indispensable que la política tenga en cuenta la religión”); piensan también que la “soberanía del pueblo es un error impío” si no reconoce la soberanía divina; que la democracia es admisible si reconoce que la soberanía del pueblo está sometida a los derechos de Dios, de la moral y de la justicia”. Para algunos sectores del PCN, y entre ellos López Velarde, Madero podía haber hecho compatible la democracia con esos principios toda vez que reconocía la dificultad de implementar un liberalismo radical en un país cuya tradición esencial es la religiosa. De ahí que el poeta argumente que “la insignia de Iturbide” fue *consagrada* por “el entusiasmo religioso de un pueblo libre”; que la “bandera de Iguala y la de las Tres Garantías” son “cosas sagradas”; que “hasta el liberalismo de Juárez respetó a la Virgen Morena” y que “el liberal Altamirano la cantó como la única esperanza de la Patria”.³¹

Correa estuvo de acuerdo con la torpeza de las cartas pastorales, pero se limitó a encomiar a los prelados que se conservan neutrales y piden por la paz, “que es una necesidad nacional”. La respuesta de López Velarde viaja en carta del 25 de abril, cuando envía a su amigo un interesante análisis del pacifismo, provocado por un editorial de “Blas Urrea” (López Velarde parece ignorar, todavía, que el seudónimo esconde al maderista Luis Cabrera). El poeta está de acuerdo en que Madero no debe, por ningún motivo “transigir con la continuación del general Díaz en el poder” y agrega sobre la actitud pacifista de los prelados:

1ª. Sí la actual revolución se da por terminada antes de que logre su fin principal, estallará de nuevo, no sé si en 1912 o en 1913, pero estoy seguro de que estallará y, de esta suerte, la razón humanitaria de que debe economizarse la sangre de hermanos se

Gregoriana de Roma, doctor en ambos derechos y en teología, fundador de la Universidad Católica Angelopolitana (1907).

³¹ “Nuestro Himno y nuestra Bandera” (1919), en *Obras*, p. 723 y ss.

vuelve contra los que quieren que Madero transija con la continuación del General Díaz en el gobierno, pues así tendríamos dos luchas intestinas en lugar de una.

2ª. Los antecedentes políticos del General Díaz y su avanzada edad nos autorizan a afirmar que es imposible que ese hombre se renueve para cambiar de régimen, por lo que persistiendo la misma causa, que es la acción tiránica del Caudillo, reaparecerá el mismo efecto, que es la revolución.

Como observará usted, amigo Correa, estas dos proposiciones se enlazan entre sí: la segunda es la prueba de la primera. No me las doy de profeta; pero mis cortos estudios sobre cuestiones sociales y mi también corta experiencia en política mejicana, me hacen pronosticar lo que, con una arraigada convicción, he asentado en líneas anteriores: que si la revolución actual no derroca a Díaz, tendremos otra muy pronto.

No sólo tenía razón sino también, para mal, una visión atinada de lo que iba a suceder, aún sin conocer la actitud que Zapata iba a tomar hacia Madero. En la misma carta agrega:

El que Díaz se haya declarado antirreeleccionista, en su mensaje al Congreso, solamente a los muy cándidos puede parecerles razón suficiente para que los maderistas depongan las armas. ¡Díaz antirreeleccionista! En ratos olvida el tirano que sus antecedentes morales impiden que tomemos en serio sus palabras.

No sé si se acordará usted, amigo Correa, que en aquella sección de “lo que se ve en la vida”³² impugné a Madero cuando, en plena paz octaviana, dijo que el Partido Antirreeleccionista admitiría la confirmación de Díaz en la silla. A Madero le confesé que ese ataque de *El Regional* yo lo había escrito. Si en esta fecha pudiera yo hablar con don Francisco le diría que estando hoy en guerra el país, menos se debe transigir, porque la sangre vertida hasta hoy debe ser fecunda. Nuestros hermanos muertos pedirían cuenta del sacrificio estéril de sus vidas.

Yo sé que la voluntad de Madero es inflexible. Tratándolo cerca, muy de cerca, me convencí de que ninguna circunstancia de las que intervienen en el problema interior de Méjico, lo hará cejar en su propósito capital. Pero por lo que se refiere a la presión de los yankees intrusos y a una posible intervención de ellos, estoy a oscuras acerca de lo que a

³² El ya citado editorial titulado “Madero”.

Madero aconsejarán su patriotismo y sus facultades diplomáticas. Por lo mismo, espero con verdadera ansiedad conocer las condiciones de paz de una y otra parte.

Curiosamente, López Velarde no escribió una sola palabra sobre la escena de dictador abordando el *Ipiranga*. Durante los conflictos subsecuentes, mientras dura el turbulento interinato de Francisco León de la Barra, tironeado por revolucionarios, políticos y hacendados (y aun por Madero), López Velarde se preserva incondicional del coahuilense, y ataca a quien ose “confundir en una misma apreciación a Zapata y a don Francisco I. Madero”.³³ Apoya la creación del Partido Constitucional Progresista (que tomaba el sitio del Antirreeleccionista) y, desde luego, la candidatura de Pino Suárez para la vicepresidencia, pues además de parecerle “hombre prestigiado, por su campaña tenaz valiente y acertada contra el general Díaz”, cuenta con la simpatía del PCN. López Velarde alaba a Madero por acercarse al público de todo el país y discutir abiertamente la candidatura de Pino Suárez, en vez de imponerlo, simplemente, con su “formidable poder moral y material” (por cierto, no le deja de doler a López Velarde que su natal Jerez prefiera votar por Vázquez Gómez). La exaltación que inflama al poeta siempre que se refiere a Madero justifica la candidatura de Pino Suárez:

Podrá investigarse lo que el triunfo de Pino tiene de espontáneo y lo que tiene de artificial; pero nunca podrá negarse que el sufragio fue efectivo y aseverarse que el vicepresidente fue *impuesto* sin incurrir en una injusticia notoria con don Francisco I. Madero, a cuya obra extraordinaria debemos los mejicanos poder vivir una vida de hombres.³⁴

No parece percatarse del conflicto que la candidatura de Pino Suárez le significará a Madero entre los revolucionarios radicales. Le interesa su sentido de la democracia, su respeto al pluralismo, su renuencia a emplear el poder como lo había hecho Díaz, como lo hacen ya los revolucionarios con poder regional o como, supone, lo emplearía de la Barra, cuya candidatura le parece “evidentemente frustradora de las tendencias antirreeleccionistas de la Revolución”. El camino de López Velarde hacia la decepción no es muy diferente al

³³ “La acusación elevada contra el señor Presidente de la Barra”, *Obras*, pp. 528-529.

³⁴ “El triunfo del Lic. Pino”, *Obras*, pp. 530-531.

de tantos otros en el periodo. En junio de 1912 ya menciona “la degradación moral” de casi todos los revolucionarios” y le parecen pocos los individuos de quienes “no nos hemos decepcionado los que fuimos antirreeleccionistas de buena fe”.³⁵

Su vida privada también lo decepciona. Ya con su título en el bolsillo, no sabe qué hacer. La capital, quizás menos odiosa desde la caída del dictador, parece esperarlo. La indecisión habrá de intensificarse, con el tiempo, hasta la “crapulosa angustia”. Con ánimo de hacer valer su lealtad a Madero, ya presidente, escucha la sirena de la capital que lo reclama, pero a la vez desea perseverar en su lealtad a la provincia; ve en Madero un nuevo “padre” capaz de “hacernos vivir como hombres” y, a la vez, refuerza su convicción de que sólo la tradición católica puede llevar la transición hacia un estadio superior. Incapaz de resolver el debate, permite que el vendaval de la revolución decida por él. Primero parece elegir la provincia al aceptar un insignificante puesto judicial en Venado, un pueblito de San Luis, luego del triunfo de Madero; al poco tiempo se percata de su error y reconoce que la capital es su única alternativa. En 1912 se apersona en la capital sin más trabajo que escribir para *La Nación*, órgano del PCN, patrocinado por la Curia, y encargado a Correa. En sus páginas fustiga a los liberales de su territorio afectivo, pero a la vez critica amargamente el oportunismo y la corrupción de los maderistas encumbrados (la *Porra*). De vez en cuando, escribe enérgicamente contra Vázquez Gómez o contra Pascual Orozco, si bien su blanco favorito es el “insurrecto Zapata”, a quien llama “Tamerlán del sur”, líder de “hordas inhumanas”, mezcla de “hombre (o fiera)” que reúne la “mayor suma de poder efectivo” en el escenario de la revolución con sus “proclamas de barbarie comunista y gramatical”:

Su tipo selvático y sus hazañas delictuosas se destacan, como un borrón sangriento, sobre la caricatura permanente de nuestros miserables sainetes políticos. Zapata impera sobre todo y a pesar de todos [...]

Pueden muy bien los demagogos, en su manía incurable, asegurar que lo que llaman el pueblo está con ellos; pero la masa popular no está con ningún partido político. El populacho, incapaz de discurrir sobre temas especulativos, simpatiza con Zapata porque éste representa el pillaje para saciar el hambre. El populacho es zapatista. Aquí mismo, en

³⁵ “Por Zacatecas”, Obras, p. 537.

la capital de la república, cuenta el Atila con centenares de prosélitos, en todas las barricadas, listos para la hora del saqueo. Zapata aparece, a los ojos de las multitudes agobiadas por la miseria, con el prestigio del volador de trenes que les dará el bocado opíparo del dinero y la honra ajena...³⁶

¿Confiaría que escritos así le ayudarían a conseguir trabajo con Madero o con su antiguo camarada, Pedro Antonio de los Santos? Cuando se decide a buscarlos se le recibe muy mal. Quizás —esto es conjetura mía— los bonos que laboriosamente había reunido con su militancia y sus servicios en San Luis habían perdido su valor cuando, a pesar de sus válidas justificaciones, decidió no sumarse a sus camaradas en el alzamiento del 20 de noviembre... Madero termina por negociarle una chambita miserable: actuario en un juzgado que se dedica a lanzar deudores morosos. El poeta carece de temple para una labor así y no tarda en abandonarla. Consigue entonces, en julio de 1912, que el PCN lo nombre candidato a diputado suplente por Jerez y regresa al terruño a hacer una campaña inútil, pues sus rivales le roban la elección mañosamente. En febrero de 1913, luego del golpe contra Madero, decepcionado y contrito, regresa a Jerez a analizar con su familia los pasos a seguir ante la creciente inseguridad. Es quizás durante esa visita cuando observa que su pequeño terruño campesino y comercial, humilde y amoroso, al cobijo de las campanas de la iglesia, ha sido arrasado por los “vientos de fronda” y escribe el poema que más hondamente refleja su visión del México revolucionario:

El retorno maléfico

Mejor será no regresar al pueblo,
al edén subvertido que se calla
en la mutilación de la metralla.

Hasta los fresnos mancos,
los dignatarios de cúpula oronda,
han de rodar las quejas de la torre
acribillada en los vientos de fronda.

³⁶ “Zapata”, en *Obras*, p. 607.

Y la fusilería grabó en la cal
de todas las paredes
de la aldea espectral,
negros y aciagos mapas,
porque en ellos leyese el hijo pródigo
al volver a su umbral
en un anochecer de maleficio,
a la luz de petróleo de una mecha
su esperanza deshecha.

Cuando la tosca llave enmohecida
tuerza la chirriante cerradura,
en la añeja clausura
del zaguán, los dos púdicos
medallones de yeso,
entomando los párpados narcóticos,
se mirarán y se dirán: «¿Qué es eso?»

Y yo entraré con pies advenedizos
hasta el patio agorero
en que hay un brocal ensimismado,
con un cubo de cuero
goteando su gota categórica
como un estribillo plañidero.

Si el sol inexorable, alegre y tónico,
hace hervir a las fuentes catecúmenas
en que bañábase mi sueño crónico;
si se afana la hormiga;
si en los techos resuena y se fatiga
de los buches de tórtola el reclamo
que entre las telarañas zumba y zumba;
mi sed de amar será como una argolla

empotrada en la losa de una tumba.

Las golondrinas nuevas, renovando
con sus noveles picos alfareros
los nidos tempraneros;
bajo el ópalo insigne
de los atardeceres monacales,
el lloro de recientes recentales
por la ubérrima ubre prohibida
de la vaca, rumiante y faraónica,
que al párvulo intimida;
campanario de timbre novedoso;
remozados altares;
el amor amoroso
de las parejas pares;
noviazgos de muchachas
frescas y humildes, como humildes coles,
y que la mano dan por el postigo
a la luz de dramáticos faroles;
alguna señorita
que canta en algún piano
alguna vieja aria;
el gendarme que pita...
...Y una íntima tristeza reaccionaria.³⁷

Las semanas previas al asesinato de Madero, a finales de febrero de 1913, y las que le siguieron, estuvieron señaladas por tensiones atroces. Los caudillos regionales ponderaban la situación y replanteaban sus alianzas. Desde el levantamiento del general Reyes hasta la investidura de Victoriano Huerta, hubo un barajeo voraz de poderes, autoridades y fuerzas armadas en todo el país. Una de las regiones más complicadas era la cercana a la devoción de López Velarde, víctima de una sangrienta guerra, casi privada, entre Pánfilo Natera y Benjamín Argumedo. Estuviera Jerez en poder de uno o de otro, la

³⁷ “El retorno maléfico”, en *Zozobra* (1919), *Obras*, p. 154.

población vivía en el terror... Eran los meses en que Huerta –escribiría más tarde el poeta—“el insuperable monstruo, convertía al país en un charco de lodo y sangre, amasados por las botas alcohólicas de Barrabás”.³⁸ Un acto brutal de clerofobia, el asesinato de su tío, el cura Inocencio López Velarde, a manos de una gavilla villista, pesa enormemente en su ánimo. La inestabilidad y la violencia imponen en la familia López Velarde la decisión de sumarse a las muchas otras que abandonan las zonas de conflicto para dirigirse a la seguridad de la capital, donde ya se encuentra instalada, pobremente, en el otoño de 1913.

La revolución, le parece al poeta, no sólo se ha corrompido, sino que se ha convertido en un monstruo dispuesto a mostrar las consecuencias de haber sido despertado. Los “ideales maderistas de confianza en las virtudes del sufragio libre, en la renovación de poderes y en la limpieza moral de los gobernantes”,³⁹ se han estrellado contra la brutal realidad, de la mano de su maderismo. Con una amargura cuyas resonancias irónicas no son difíciles de percibir, le escribe a Correa:

No sé en dónde pararemos si no viene un tratado de paz. Indudablemente que lo más práctico sería que el curso de la revolución no se detuviese, como en 1910. Así se tendría la posibilidad de despojar a la burguesía de toda su fuerza política y de su preponderancia social, y quizás hasta efectuar científicamente una poda de reaccionarios, en especial los contumaces.⁴⁰

Correa lee este párrafo con amargo asombro. Su amigo utiliza despectivamente la palabra *burguesía* y la palabra *científico* con connotaciones intolerables. La sensación que tenía Correa de que López Velarde, dado “su paso por escuelas oficiales”, estaba infectado de “liberalismo” parece confirmarse.⁴¹ Sabe que por conveniencia o convicción su amigo se ha acercado a un grupo que apoya al “jacobino” Carranza, cosa que acaba de convencerlo

³⁸ “Un filósofo de la comodidad”, en *Obras*, p. 467.

³⁹ El resumen lo aporta José Luis Martínez en sus comentarios al “Periodismo político” de López Velarde en su edición de las *Obras*, p. 825.

⁴⁰ Carta del 19 de noviembre de 1913, *Correspondencia*, p. 165.

⁴¹ *Correspondencia*, p. 163.

de su oportunismo. Carranza y Obregón no ocultan su rencor hacia los católicos que participaron en la legislatura de 1913 y la clerofobia de todas las acciones revolucionarias parece lo único en que están de acuerdo con Victoriano Huerta.

De regreso a la capital, López Velarde pone un despacho de abogados y vuelve a escribir en diarios y revistas. Comienza a figurar, lentamente, como poeta. José Juan Tablada lo saluda admirativamente en la prensa; hace tertulia con el doctor González Martínez –que ha llegado de Guadalajara–, con Porfirio Barba Jacob, Enrique Fernández Ledesma, Genaro Estrada y su viejo amigo artemio de Valle Arizpe. Su resentimiento contra la revolución y la pérdida del edén, así como su odio a Huerta, Villa y Zapata, no se atenúan, a pesar de que vive modestamente y tiene a salvo a su familia. Al ver a sus hermanas caminar, entre las provincianas, por las calles de la capital escribe un hermoso poema que, más que “La suave patria”, podría haber elegido como su poema de la revolución:

Las desterradas

Ya la provincia toda
reconcentra a sus sanas hijas en las caducas
avenidas, y Rut y Rebeca proclaman
la novedad campestre de sus nucas.

Las pobres desterradas
de Morelia y Toluca, de Durango y San Luis,
aroman la Metrópoli como granos de anís.

La parvada maltrecha
de alondras, cae aquí con el esfuerzo
fragante de las gotas de un arbusto
batido por el cierzo.

Improvisan su tienda
para medir, cuadrantes pesarosos,
la ruina de su paz y de su hacienda.

Ellas, las que soñaban
perdidas en los vastos aposentos,
duermen en hospedajes avarientos.

Propietarios de huertos y de huertas copiosas,
regatean las frutas y las rosas.

Con sus modas pasadas
y sus luengos zarcillos
y su mirar somero,
inmútanse a los brillos
de los escaparates de un joyero.

Y después, a evocar la sandía tropa
de pavos, y su susto manifiesto
cuando bajaban por aquel recuesto...

¡Oh siestas regalonas,
melindre ante la jícara que humea,
soponcio ante la recua intempestiva
que tumba las macetas de las pardas casonas;
lotería de nueces,
y Tenorio que flecha el historiado
postigo de las rejas antañonas!

Paso junto a las lentas fugitivas: no saben
en su desgarbo airoso y en su activo quietismo,
la derretida y pura
compensación que logra su ostracismo
sobre mi pecho, para ellas holgadamente
hospitalario, aprensivo y munificent.

Yo os acojo, anónimas y lentas desterradas,

como si a mí viniese
la lúcida familia de las hadas,
porque oléis al opíparo destino
y al exaltado fuero
de los calabazates que sazona
el resol del Adviento, en la cornisa
recoleta y poltrona.

Cuando Carranza entra a la ciudad el 20 de agosto de 1914, López Velarde está entre quienes lo aplauden: la importancia de la democracia le parece superior, ahora, a la del activismo católico. Mientras crecía la hambruna, comenzó a impartir clases en la preparatoria. Se enamoró, por fin, de otra mujer (la profesora Margarita Quijano), prepara la edición de *La sangre devota* (1916) y escribe los ambiciosos poemas que irán a dar a *Zozobra* (1919) y al póstumo *El son del corazón* (1932). A principios de 1916 algunos amigos le ofrecen trabajo en la secretaría de Gobernación con Adolfo de la Huerta y, admirador todavía de Carranza, acepta gustoso. Correa, escandalizado, se convence del oportunismo de su amigo y le retira la amistad (y le sugiere que vaya a confesarse). El PCN había sido fácilmente desbaratado por Carranza, debilitado por sus pugnas internas, y Correa también se ha refugiado en otras alternativas: deja el periodismo y se convierte en un importante abogado al servicio de los intereses –seculares– de la iglesia.

Cuando se proclamó el Plan de Agua Prieta regresó el desconsuelo. La precaria estabilidad se veía de nuevo amenazada. Hubo testimonios en el sentido de que sólo el imperativo de cuidar a su familia –otra vez la misma historia– le impide sumarse al convoy que lleva a Carranza (a quien llamaba “mi padrino”) rumbo a Veracruz. Veía con profunda desconfianza a Pablo González y detestaba al anticlericalismo de Obregón. A la muerte de su padrino, renuncia a su trabajo en Gobernación. Piensa que se repite el destino de Madero y que la historia en México no hace sino dar vueltas. Era incapaz de sobreponer a la muerte de Carranza las explicaciones que le daban sus amigos y lo único que acertaba a contestar era una frase: “cuánta impaciencia, cuánta impaciencia...”

Sus amigos le aconsejaron acomodarse a las circunstancias y hacerse de un trabajo con el nuevo gobierno, cosa imposible en tanto que se le catalogó de *carranclán*, y además

porque juzgó que no habría un centavo de las arcas públicas que no estuviese manchado por la sangre de Carranza. Hace trabajos editoriales, se mete como oyente a los cursos de Antonio Caso en la Universidad, continúa dando clases en la Preparatoria Nacional. Intenta, en vano, sumarse al servicio diplomático. José Vasconcelos, a quien de la Huerta había nombrado rector, y que lo admiraba mucho, lo busca y le ofrece trabajo. López Velarde seguía negándose, sobre todo cuando Obregón se alza con la presidencia, pero finalmente (“agotadas mis reservas económicas y morales”, escribe) aceptó colaborar en la redacción de la multitudinaria revista *El Maestro*, que patrocina la secretaría de Educación. Es para ella, cuando se celebraba el centenario de la consumación de la Independencia en 1921, que escribe *La suave patria* que apenas alcanza a ver impreso antes de su muerte.

José Vasconcelos le había encontrado un poeta a la Revolución. Un poeta de la Revolución “a la altura del arte”.

Bibliografía

Correa, Eduardo: *El Partido Católico Nacional y sus directores. Explicación de su fracaso y deslinde de responsabilidades*. Prólogo de Jean Meyer. Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Krauze, Enrique: “Madero vivo” en *Mexicanos eminentes* (Ed. Tusquets, México, 1999).

López Velarde, Ramón: *Obras*, edición de José Luis Martínez. Fondo de Cultura Económica, segunda reimpresión, México 1986.

_____: *Ramón López Velarde: Correspondencia con Eduardo J. Correa y otros escritos juveniles*. Edición de Guillermo Sheridan. Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

Martínez, José Luis: “Periodismo político”, en su edición a las *Obras* de López Velarde (véase).

Pedraza Montes, José Francisco: *Ramón López Velarde en San Luis Potosí*. Universidad Autónoma de San Luis Potosí, San Luis Potosí, 1988.

Romero Flores, Jesús: *Génesis del congreso constituyente 1916-1917*. Prólogo de Noel Muñoz Padilla. Editorial del Magisterio “Benito Juárez”, México, 1979.

Sheridan, Guillermo: *Un corazón adicto: la vida de Ramón López Velarde*. Fondo de Cultura Económica, México, 1990.

_____: “Entre la neurosis que finge y el alma de las cosas (la polémica de la nueva revista *Azul*”), en *Un corazón adicto y otros ensayos afines* (Editorial Tusquets, México, 2002).

Zaid, Gabriel: “López Velarde ateneísta” en *Obras (2): Ensayos sobre poesía*. El Colegio Nacional, México, 1993.

_____: “López Velarde y el Plan de San Luis”, en *Obras (2): Ensayos sobre poesía*. El Colegio Nacional, México, 1993.